

Sontag total

Moser escribe una biografía poco complaciente en la que no hay nada que no quede a la vista

PABLO MARTÍNEZ ZARRACINA

Susan Sontag fue durante cuatro décadas una de las protagonistas de la vida intelectual estadounidense; una figura atractiva y llena de energía que conjugaba la autoridad y la fama; la clase de gigante cultural al que todo le concierne, desde el 'Bhagavad Gita' hasta el rock, mientras que la ligereza, en cambio, ni le roza. «Conecto mejor con un concierto de Patti Smith porque he leído a Nietzsche», le explicó Sontag a Jonathan Cott en una famosa entrevista.

Lo primero que hay que decir sobre esta biografía es que está a la altura de Sontag. Y esa es una altura rigurosa y compleja, nada complaciente. El texto es preciso e inteligente y está admirablemente escrito. Benjamin Moser ha tenido acceso a los archivos personales de la autora y a un número asombroso de gente de su entorno. Cierto que, como ha escrito Janet Malcolm, esos testimonios presentan problemas («la discreción se vuelve indiscreción bajo la atención sin reservas») que

en el caso de Sontag pueden acentuarse. La escritora tenía una personalidad en la que lo seductor convivía con lo despótico. Quienes estuvieron expuestos a eso pueden caer en la tentación de hacer del prestigio de la cercanía, o del ajuste de cuentas, un ejercicio póstumo.

Sin embargo, y dejando a un lado su valor de biografía previsiblemente canónica, la gran virtud de este libro es que no hay en él nada que no quede a la vista. El texto confía en la capacidad del lector para sacar sus conclusio-



SONTAG
BENJAMIN MOSER

Trad.: Rita da Costa. Ed.: Anagrama.
825 páginas. Precio: 24,90 euros
(ebook, 9,49)

nes. Sorprenden las acusaciones que se le han hecho al biógrafo de jugar contra su biografiada. No tienen sentido: la Susan Sontag resultante de este libro es deslumbrante. También muy complicada. Pero solo quien no haya leído los diarios de la autora podrá sorprenderse de la versión de Moser, cuando ella misma se muestra en su escritura diarística como una persona ambiciosa, obsesionada, frágil y reticente.

Puede que Moser no sea un devoto de Sontag, pero siente por ella la clase de obsesión biográfica que lleva a interrogar a un fantasma. Además de cierta confianza de más en las explicaciones psicológicas, la única distorsión del libro tiene que ver con que esas preguntas adquieren a veces aire de reproche. Pero sin duda tiene interés averiguar, por ejemplo, por qué Sontag –alguien que se demostró capaz de defender físicamente lo que escribía, yéndose a Hanói a denunciar la guerra de Vietnam o defender a Salman Rushdie en los peores momentos de la 'fatwa'– no aprovechó la aparición en 1988 de 'El sida y sus metáforas' para hacer pública su relación sentimental con Annie Lebowitz y apoyar en aquel momento la causa homosexual con el posicionamiento de «una de las escritoras más famosas del país, una escritora cuya actividad cultural no tenía parangón».